

divina, y la subsiguiente desaparición de los hombres de sobre la faz de la tierra, cubierta toda con las aguas purificadoras del diluvio. ^{Los hombres se multiplicaron en la tierra.} Aplacado el rostro de Dios, volvió á poblarse la tierra, conservando empero, para perpétua enseñanza de los hombres, claros testimonios de sus iras; dispersáronse los hombres, por todas sus zonas; y se levantaron por todas partes grandes imperios, compuestos de diversas gentes y naciones. Hubo entónces, como en los tiempos antediluvianos, quienes fueron llamados hijos de Dios; y otros, que se llamaron hijos de los hombres: fueron los primeros los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, que llevan en la historia el nombre de hebreos: fueron los segundos los otros pueblos de la tierra, que llevan en la historia el nombre de gentiles.

Desfigurada entre los últimos la tradición de la muger, no llegó hasta ellos sino una vaga noticia de su primera culpa, y no vieron en ella otra cosa sino la causa de todos los males que afligen al género humano: borrada, por otra parte, casi de todo punto la tradición del matrimonio instituido en el cielo, los pueblos gentiles ignoraban que la muger había nacido para ser la compañera del hombre; y la convirtieron en instrumento vil de sus placeres y en víctima inocente de sus furiores. Por eso instituyeron, como sus ascendientes antediluvianos, la poligamia, que es el sepulcro del amor; y por eso la dieron, cuando así cumplía á sus antojos livianos, libelo de repudio, instituyendo el divorcio, que es la disolución de la sociedad doméstica, fundamento perpétuo de todas las asociaciones humanas. Por eso la hicieron esclava de su esposo, para que estuviera sin derechos y para que permaneciera perpetuamente en su poder, como una víctima á quien la sociedad pone en manos del sacrificador, debajo de la mano de su verdugo.

Esto sirve para explicar, por qué el amor, que es para nosotros el mas delicioso de todos los placeres y el

mas puro de todos los consuelos, era considerado por los gentiles como un castigo de los dioses. El amor entre el hombre y la muger tenía algo de contrario á la naturaleza de las cosas, que repugna como un sacrilegio toda especie de union entre seres entregados por la cólera divina á enemistades perpétuas. Cuando en los poemas griegos aparece el amor, luego al punto pasa por delante de nuestros ojos un fatídico nublado, síntoma cierto de que están cerca los crímenes y las catástrofes. El amor de Elena la adúltera pierde á Troya y á Asia; el amor de una esclava, siendo causa del odio insolente y desdeñoso de Aquiles, pone á punto de sucumbir á los griegos y á la Europa. Hasta la virtud en la muger era presagio de tremendas desventuras: la honestidad de las mugeres latinas puso el hierro en las manos romanas, y por dos veces produjo la completa perturbación del Estado. Las catástrofes domésticas iban juntas con las catástrofes políticas. El amor toca con su envenenada flecha el corazón de Dido, y arde en llamas impuras; y se consume en los incendios de una combustion espontánea. Fedra es visitada por el dios, y se siente desfallecer, como si hubiera sido herida por el rayo, y discurre por sus venas una llama torpe y un corrosivo vitriolo. Vosotros, los que os agradaís en las emociones de los trágicos griegos, no os dejéis llevar de sus peligrosos encantos, que son encantos de sirenas. Esos amantes que allí veis, están en manos de las Euménides; huid de ellos; que están señalados con el signo de la cólera de los dioses, y están tocados de la peste.

La muger hebrea era; por el contrario, una criatura benéfica y nobilísima. Poseedores los hebreos de la tradición bíblica, y sabedores del fin para que la muger fué criada, la levantaron hasta sí, amándola como á compañera suya; y aun la pusieron á mayor altura que el hombre, por ser la muger el templo en donde había de habitar el Redentor de todo el género humano. No fué

á la verdad el matrimonio entre la gente hebrea un sacramento, como lo habia sido ántes en el Paraiso, y como habia de serlo en adelante, cuando el anunciado al mundo viniese en la plenitud de los tiempos: fué sin embargo una institucion grandemente religiosa y sagrada, al revés de lo que era en la naciones gentílicas. Las bodas se celebraban al compas de las oraciones que pronunciaban los deudos de los esposos para atraer sobre la nueva familia las bendiciones del cielo: con estas solemnidades y estos ritos, se celebraron las bodas de Rebeca con Isaac, de Ruth con Booz, y de Sara con Tobías. El gran legislador del pueblo hebreo habia permitido la poligamia y el divorcio, desórdenes difíciles de ser arrancados de cuajo, cuando tan hondas raices habian echado en el mundo, y sobre todo, en sus zonas orientales. Esto no obstante, ni el divorcio ni la poligamia fueron tan comunes entre la gente hebrea como entre los pueblos gentiles, ni produjeron allí la disolucion de la sociedad doméstica; neutralizadas como estaban aquellas instituciones con saludables y santas doctrinas: por lo que hace á la esclavitud de la muger, fué cosa desconocida en el pueblo de Dios: como quiera que la esclavitud no se acompaña con aquella alta prerogativa de ser madre del Redentor, otorgada á la muger desde los tiempos adámicos.

Las tradiciones bíblicas, que fueron causa de la libertad de la muger, fueron al mismo tiempo ocasion de la libertad de los hijos: los de los gentiles caian en el poder de sus padres, los cuales tenian sobre ellos el mismo derecho que sobre sus cosas: los de los hebreos eran hijos de Dios, y uno de ellos habia de ser el Salvador de los hombres. De aquí, el santo respeto y tiernísimo amor de los hebreos á sus hijos, igual al que tenian á sus mugeres: de aquí, el exquisito cuidado de las matronas en amamantar á sus propios pechos á los que habian llevado en sus entrañas: siendo tan universal esta cos-

tumbre, que sólo se sabe de Joas, Rei de Judá, de Mifoseith y de Rebeca, que no hayan sido amamantados á los pechos de sus madres. De aquí, las bendiciones que descendian de lo alto sobre los progenitores de una numerosa familia y sobre las madres fecundas: *sus nietos son la corona de los ancianos*, dice la sagrada Escritura. Dios habia prometido á Abraham una posteridad numerosa; y esa promesa era considerada por los hebreos como una de las mas insignes mercedes: de aquí, la esmerada solicitud de sus legisladores por los crecimientos de la poblacion; cosa advertida ya por Tácito, que hablando del pueblo hebreo, observa lo siguiente: *Augenda tamen multitudini consulitur: nam et necare quemquam ex agnatis nefas*.

Si poneis ahora la consideracion en la distancia que hai entre la familia gentílica y la hebrea, echaréis luego de ver que están separadas entre sí por un abismo profundo: la familia gentílica se compone de un señor y de sus esclavos: la hebrea, del padre, de la muger y de sus hijos: entran, como elementos constitutivos de la primera, deberes y derechos absolutos: entran á constituir la segunda deberes y derechos limitados. La familia gentílica descansa en la servidumbre; la hebrea se funda en la libertad. La primera es el resultado de un olvido: la segunda, de un recuerdo; el olvido y el recuerdo de las divinas tradiciones: prueba clara de que el hombre no ignora sino porque olvida, y no sabe sino porque aprende.

Ahora se comprenderá fácilmente, porqué la muger hebrea pierde en los poemas bíblicos todo lo que tuvo entre los gentiles de sombrío y de siniestro: y porqué el amor hebreo, á diferencia del gentil, que fué incendio de los corazones, es bálsamo de las almas. Abrid los libros de los profetas bíblicos, y en todos aquellos cuadros ó risueños ó pavorosos conque daban á entender á las sobresaltadas muchedumbres, ó que iba des-

haciéndose el nublado, ó que la ira de Dios estaba cerca, hallaréis siempre en primer término á las vírgenes de Israel, siempre bellas y vestidas de bresplandores apacibles, ora levanten sus corazones al Señor en melodiosos himnos y en angélicos cantares; ora inclinen bajo el peso del dolor las candidas azucenas de sus frentes.

Si reunidas en coros en las plazas públicas ó en el templo del Señor cantaban ó se movían en concertadas cadencias al compas de sonoros instrumentos, las castas y nobles hijas de Sion parecían bajadas del cielo para consuelo de la tierra, ó enviadas por Dios para regalo de los hombres. Cuando los míseros hebreos, atados al carro del vencedor, pisaron la tierra de su servidumbre, pesóles mas de la pérdida de su vista que de la de su libertad; sin ellas éralas el sol odioso, el dia oscuro, el canto triste; y luego que por falta de lágrimas suspendieron su llanto, y por falta de fuerzas sus gemidos, cerraron sus ojos á la luz, y colgaron sus inútiles arpas en los sauces tristes de Babilonia.

Ni se contentaron los hebreos, con fiar á la muger el blando cetro de los hogares, sino que pusieron muchas veces en su mano fortísima y victoriosa el pendon de las batallas y el gobierno del Estado. La ilustre Débora gobernó la república en calidad de juez supremo de la nacion; como general de los ejércitos, peleó y ganó batallas sangrientas; como poeta celebró lo triunfos de Israel y entonó himnos de victoria, manejando á un tiempo mismo con igual soltura y maestria la lira, el cetro y la espada.

En tiempo de los reyes, la viuda de Alejandro Janneo tuvo el cetro diez años: la madre del rei Asa le gobernó en nombre de su hijo, y la muger de Hircano Macabeo fué designada por este príncipe para gobernar el Estado despues de sus dias. Hasta el espíritu de Dios, que se comunicaba á pocos, descendió tambien sobre la

muger, abriéndola los ojos y el entendimiento para que pudiese ver y entender las cosas futuras. Hulda fué alumbrada con espíritu de profecía; y los reyes se acercaban á ella, sobresaltados de un gran temor, contritos y recelosos, para saber de sus lábios lo que en el libro de la Providencia estaba escrito de su imperio. La muger, entre los hebreos, ora gobernase la familia, ora dirigiera el Estado, ora hablara en nombre de Dios, ora por último avasallara los corazones, cautivos de sus encantos, era un ser benéfico, que ya participaba tanto de la naturaleza angélica como de la naturaleza humana. Leed si no el cantar de los cantares; y decidme si aquel amor suavísimo y delicado, si aquella esposa vestida de olorosas y candidas azucenas, si aquella música acordada, si aquellos deliquios inocentes y aquellos súbitos arrobamientos y aquellos deleitosos jardines no son mas bien que cosas vistas, oidas y sentidas en la tierra, cosas que se nos han representado como en sueños en una vision del Paraíso.

Y sin embargo, señores, para conocer á la muger por excelencia; para tener noticia cierta del encargo que ha recibido de Dios; para considerarla en toda su belleza inmaculada y altísima; para formarse alguna idea de su influencia santificadora, no basta poner la vista en aquellos bellísimos tipos de la poesía hebráica, que hasta ahora han deslumbrado nuestros ojos y han embargado nuestros sentidos dulcemente. El verdadero tipo, el ejemplar verdadero de la muger no es Rebeca, ni Débora, ni la esposa del cantar de los cantares, llena de fragancias como una taza de perfumes. Es necesario ir mas allá, y subir mas alto; es necesario llegar á la plenitud de los tiempos, al cumplimiento de la primitiva promesa; para sorprender á Dios formando el tipo perfecto de la muger, es necesario subir hasta el trono resplandeciente de María. María es una criatura aparte, mas bella por sí sola que toda la creación: el hombre no

es digno de tocar sus blancas vestiduras: la tierra no es digna de servirla de peana, ni de alfombra los paños de brocado: su blancura excede á la nieve que se cuaja en las montañas, su rosicler al rosicler de los cielos: su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima, porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la muger se le adelanta y le deslustra y le vence, porque María tiene nombres mas dulces y atributos mas altos. El Padre la llama hija, y la envia embajadores; el Espíritu Santo la llama esposa, y la hace sombra con sus alas; el Hijo la llama madre, y hace su morada de su sacratísimo vientre: los serafines componen su corte; los cielos la llaman Reina; los hombres la llaman Señora: nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.

Ved ahí la muger, señores, ved ahí la muger: porque Dios en María las ha santificado á todas: á las vírgenes, porque ella fué virgen: á las esposas, porque ella fué esposa: á las viudas, porque ella fué viuda: á las hijas, porque ella fué hija: á las madres, porque ella fue madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el cristianismo en el mundo: él ha hecho las paces entre el cielo y la tierra: ha destruido la esclavitud: ha proclamado la libertad humana y la fraternidad de los hombres: pero con todo eso, la mas portentosa de todas las maravillas, la que mas hondamente ha influido en la constitucion de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificacion de la muger, proclamada desde las alturas evangélicas. Y cuenta, señores, que desde que Jesucristo habitó entre nosotros, ni sobre las pecadoras es lícito arrojar los baldones y el insulto; porque hasta sus pecados pueden ser borrados por sus lágrimas. El Salvador de los hombres puso á la Magdalena debajo de su amparo; y cuando hubo llegado el dia tremendo en que se anubló el

sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pié de su cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora, para darnos así á entender, que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente á la inocencia y al arrepentimiento. Ya hemos visto de qué manera el sentimiento religioso y el del amor, y la noticia completa ó desfigurada de la divinidad y de la muger sirven hasta cierto punto para ponernos de manifesto las diferencias esenciales que se advierten entre la poesía bíblica y la de los pueblos gentiles. Solo nos falta ahora, para dar fin á este discurso, que va creciendo demasiado, poner á vuestra vista, como de relieve, la inconmensurable distancia que hai entre las constituciones políticas de los pueblos mas cultos entre los antiguos y la del pueblo hebreo, depositario de la palabra revelada; y el diverso influjo que esas distintas constituciones ejercieron en la diferente índole de la poesía gentilica y de la hebraica.

Ya he manifestado ántes, y confirmo ahora mi primera manifestacion, que las fuentes de toda poesía grande y elevada son el amor á Dios, el amor á la muger, y el amor al pueblo: de tal manera, que la poesía pierde las alas con que vuela allí donde los poetas no pueden beber la inspiracion en esos manantiales fecundos, en esas clarísimas fuentes. Para que existan esos fecundísimos amores, una cosa es necesaria; que sea conocida la divinidad con toda su pompa, la muger con todos sus encantos, el pueblo con todas sus libertades: y todas sus magnificencias; por esta razon, allí donde se dá el nombre de Dios á la criatura, de muger á una esclava, de pueblo á una aristocracia opresora, puede afirmarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que la poesía con toda su pompa y magestad no existió, porque no existen esos fecundísimos amores. Ahora bien: la nocion del pueblo es el resultado de estas dos nociones: la de la asociacion, y la de la fra-